

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE VIAJE

Tomar el tren y plantarse en Francia, en las Vascongadas ó en la *tierruca* montañosa; caer en un balneario y dedicarse á la hidroterapia ó á la aeroterapia, sería hacer lo que hace en este tiempo cada quisque. Pero tomar igualmente el tren, y dejando la frescura y el plácido ambiente gallego, meterse en la abrasada Castilla, en sus caducas ciudades monumentales, hidalgas y solitarias..., eso es lo que á nadie se le ocurre, y por lo mismo tiene, aparte de otros encantos que especificaré, el indiscutible encanto de la novedad y la rareza.

Castilla está ahora desierta de viajeros; los trenes van atestados, pero nadie se queda en las estaciones: las fondas se encuentran vacías, y por las calles sólo discurre gente del pueblo, carros, galeras, perros, mulas y asnillos con carga de odres. Esa población flotante que se empuja y hormiguea en la Concha y en los bulevares de San Sebastián; esa turba de aristócratas legítimos mezclados con *snoobs* y con haitianos, con la tribu del talco y el oropel, con las semi-mundanas y las bellas cursis disfrazadas de *cremosas*; esa alegre y abigarrada serie de tipos que da asunto á la caricatura y tela inagotable á los periódicos callejeros..., no la busquéis en la grave Castilla, que envuelta en su capa de paño pardo, silenciosa y altanera, ve cómo se van reduciendo á polvo sus históricos torreones, sus incomparables templos, toda su grandeza fenecida. Indiferente y estoico, el castellano vegeta sin acordarse de que *más allá* hay movimiento, industria, progreso, especulación y lucro. A él le basta con sus rudas vestimentas, iguales en invierno que en verano, y su sol de oro, que tan regimiento amortaja las viejas piedras, testigos del pasado. Diríase que para este ser de corcho no existen el frío ni el calor; en ningún punto de la península se gasta menos percal y cotón que aquí: los hombres no han adoptado la cómoda blusa, las mujeres ignoran la fresca chambera y la limpia faldita de zaraza; y con sus trajes oscuros de lana y de recio paño, resisten una temperatura que aun ahora, en septiembre, puede calificarse de tórrida.

Venir en esta época del año á Castilla es, pues, como ir á una aldea donde se puedan contemplar soberbios monumentos. Si en las provincias halláis gentío, mucho gentío, todos vuestros conocidos de Madrid, sin que falte ni uno en la formación, aquí saludáis á los muertos gloriosos — los únicos que realmente viven en España, según frase feliz de un ilustre poeta. — Aquí andáis rodeados de sombras, pero sombras de más acción y más relieve para la fantasía, que los vivientes egoístas que bullen y se agitan para no dejar de sí ningún recuerdo. ¿Cómo podríamos resistir la España actual, si no nos refugiásemos en la España antigua? No tenemos otro consuelo; por eso un viaje á Castilla, en medio de esta soledad, ofrece atractivos y hasta calma la inquietud dolorosa que produce la nueva guerra de Filipinas, añadida á la ya crónica y desesperante guerra de Cuba.

En Segovia, nada me recordaba las tristesimas y azarosas circunstancias que padecemos: en Segovia es fácil recogerse en espíritu, no sólo á la Edad media, sino á la época romana, origen de nuestra civilización peninsular. Lo que en Segovia permanece más enhiesto, arrogante y digno de admiración, es una obra de romanos: el acueducto. Iglesias y palacios que nos parecen hoy extremadamente vetustos, cuentan doce ó trece siglos menos que el acueducto venerable, el cual se mantiene arrogante y con un aire de solidez y valentía que subyuga el ánimo. El acueducto sugiere no pocas reflexiones. Mientras las instituciones y las creencias de otras edades relativamente cercanas se van y se extinguen, y caen desmoronados los edificios que surgieran á su impulso, el acueducto y su modesto y práctico fin son permanen-

tes. El agua es hoy, como en tiempo de Trajano, la primer exigencia de la cultura, el sello de la urbanidad. Rodando y rodando, hemos vuelto al agua.

Mil veces se ha descrito el atrevimiento y la gallardía de ese largo y hermoso acueducto, formado de sillares enormes, que sólo por su exacto encaje se sostienen, sin rastro de argamasa ni zunchos de hierro: admirable disposición que sorprende más en las dovelas de los arcos, donde se diría que las claves van á resbalar y caer al suelo..., ¡y llevan diez y nueve siglos así! Como los sillares son almohadillados, parece al pronto que se ha formado el acueducto apilando cojines — singular asociación de una idea de blandura y molicie con una obra tan vigorosa, tan varonil, tan latina. — «Esta es obra de esclavos» — me decía el ilustrado arqueólogo marqués de Miranda, que nos acompañaba en sus correrías á través de Segovia, cuando desde la plaza del Azoguejo contemplábamos la prodigiosa elevación de la *punte seca*. — «Aquí no se ha escatimado ni tiempo ni sangre; esto es como las Pirámides de Egipto: los obreros ni se cuentan ni importan; el caso es que la construcción asombre á los siglos venideros.»

En los nichos del más alto pilar del acueducto, á vertiginosa elevación sobre el Azoguejo, colocó la piedad, en vez de las antiguas imágenes de Hércules, dos efigies, de San Sebastián y de Nuestra Señora. Acaso la desnudez de San Sebastián, que arrosaba en cueros los rigores del duro invierno segoviano, sugirió á los cadetes de artillería un proyecto arriesgado y diabólico: el de vestir al Santo. Hay que ver la situación que éste ocupa para comprender la atrocidad. Al nicho no se puede llegar por ninguna parte, sino suspendiéndose en el vacío, sobre un abismo, que es la plaza. Y así lo hicieron, sirviéndose de un trapezio que sostenían con las manos algunos cadetes, de pie sobre la cresta del acueducto, mientras otros, colgados en el aire, vestían al Santo blanca camisa. Que flaqueasen un segundo los puños de los de arriba; que sintiesen un segundo el vértigo de las cumbres..., y los de abajo irían á estrellarse sobre los guijarros de la plaza. No flaquearon: se consumó la temeraria proeza; el Santo quedó vestido, y á la mañana siguiente los segovianos vieron atónitos el caso, en apariencia inexplicable. Deseoso el ayuntamiento de quitar aquel motivo continuo de asombro, burla y comentarios, ofreció dinero al que se atreviese á despojar de su camisa al bendito mártir; pero no apareció quien arriesgase el pellejo, y allí se estuvo con su camisa la efigie, hasta que la intemperie la convirtió en guinapo, y por último el viento la arrebató...

Entre las iglesias de Segovia, que son muchas y muy bellas, hay una que recuerda una leyenda sombría, de las edades en que la exaltación de la fe solía degenerar en furor. Hablo de la iglesia conocida por *Corpus Christi*, que en su arquitectura arábiga con ribetes de bizantina aparece como hermana de padre y madre de la famosa *Santa María la Blanca* de Toledo. También la de Segovia fué Sinagoga, y en ella celebraban sus ritos los numerosos hebreos ricos é industriales, que pagaban al obispo de Segovia treinta dineros en oro anualmente por cabeza, en memoria de los que Judas recibió por la cabeza del Cordero. Cuéntase que á principios del siglo xv, un judío, que por señas había sido médico del rey Enrique III, consiguió del sacristán de San Facundo, en desempeño de una cantidad prestada, una Hostia consagrada ya. La tradición afirma que los judíos buscaban las Hostias consagradas para ultrajarlas y atormentarlas, y la de Segovia fué echada á una caldera de agua hirviendo; pero al punto la Sagrada Forma se elevó por los aires, y volando salió de la Sinagoga quebrantando la pared: la hendedura se enseña todavía en el coro de las monjas. Averiguóse el sacrilegio; fueron ahorcados varios judíos, arrastrados y descuartizados otros, y atormentado el médico, hasta que se confesó autor del envenenamiento de Enrique III: obscura serie de crímenes que también se complicó con tentativas de dar ponzoña al obispo. Recuerda esta negra historia, además de la hendedura de la pared, el nombre fatídico de *Mal consejo*, que aún conserva la tortuosa calle donde fué entregada la Hostia. Y si alguien se admira de este drama horrible á fines de la Edad media, voy á darle una noticia que acaso desconocerá, y es: que hoy, á fines del siglo xix, imputaciones análogas están dando lugar á los disturbios del antisemitismo, no en España, sino en Alemania, en Austria, Hungría, en Polonia, en Rusia y en Servia; dondequiera que hay judería, en fin. No ha mucho tuve ocasión de adquirir y leer un curioso libro titulado *El misterio de la sangre*, donde se narran (autorizándolas con documentos y extractos de la prensa) las lúgubres etapas del martirio sufrido por niños y vírgenes cristianas, á quienes los judíos secuestran y hacen sufrir todas

las torturas de la Pasión de Cristo — azotes, espinas, clavos, cruz — á fin de recoger su sangre y amasar con ella los panes ázimos. Si la memoria no me es infiel, la más reciente de estas historias no se remonta á más allá de los años 1870 ó 1875. Son actuales. Sirva de excusa á nuestros antepasados de 1410, y no se les tache de loco fanatismo ni de credulidad nimia. Yo no sé depurar lo que haya de cierto en tan terribles rumores; sólo pretendo que no se acuse una vez más á España de enfermiza superstición, sin que la ayuden á llevar el peso de la acusación naciones muy cultas, en el siglo de las luces.

De las impresiones más gratas que estas ciudades viejas pueden dar al viajero que pica en artista, es la de perderse al azar por sus revueltas callejuelas, su caserío tan variado, como igual y monótono es el de los pueblos de nueva construcción. En Segovia este paseo sin objeto fijo recompensa al que lo da con deliciosas sorpresas. De pronto aparece un cuadro lleno de originalidad y de colorido, que recogimos en la cartera á modo de *apunte* de dibujante. He aquí tres de los que en la mía he archivado: 1.º Angulo de una callejuela tortuosa, de rápida pendiente, que termina en anchas escaleras de guijarro y que alumbraba mohoso farol. El rótulo, en letras negras, dice «Calle de la Judería Nueva.» En escorzo, un balcón saliente de hierro forjado, y en él, surgiendo de entre más de una docena de tiestos y cajones en que los claveles y los geranios aplican sobre la negrura del hierro placas bermejas, una cabeza de mujer, joven, muy morena, de ojos grandes y tristes... 2.º Patio de la casa atribuida á D. Álvaro de Luna. Altas y nobles columnas de piedra en cuyos chapiteles se destaca un escudo heráldico, sostienen un corredor de madera negruzca y carcomida, casi deshecha por la vetustez. Trapos y pañales rotos y pobres cuelgan á secar del balaustre. Las enredaderas trepan hasta el techo de salientes vigas. Sobre el alero arrullan las palomas. En un lienzo de pared campea, pintado al temple, inmenso blasón de lunas menguantes. Comadres curiosas, agasajando al seno rollizos mamonos, se inclinan para vernos y para comentar nuestra presencia. Un gato ético, consumido de morriña, abre á medias los párpados y vuelve á acurrucarse... 3.º Fachada de un palacio gótico, el del marqués de Alpuente. Todo el frente bordado de finos dibujos de tracería, que revisten la casa como de un velo de delicadísimo y transparente encaje. Sobre este fondo claro é ideal, los ajimeces del piso alto, del más puro estilo, de obscura pizarra, tan bruñida que parece mármol, resaltan vigorosamente. Nos detenemos á admirarlos, y una mano invisible y de seguro blanca y suave, se apresura á abrir las vidrieras para que podamos ver destacarse, sobre las cortinas de seda amarilla, el esbelto parteluz y los trebolados remates de los chapiteles... Y en sitio muy visible leemos este gracioso bando arcaico, que los dueños de la casa han tenido el buen gusto de respetar, y que traslado con su ortografía: «Se proibe berter bajo pena de un ducado.»

Al lado de la preciosa casa gótica del marqués de Alpuente, la tan ensalzada de los *Picos* me pareció de una pesadez y una tosquedad extraordinarias. No siempre lo que alaban las *Guías* es lo mejor. Tampoco el Parral, si se exceptúan el retrato y los enterramientos de los marqueses de Villena, es digno de su fama. Las estatuas del marqués y la marquesa de Villena son de nítido alabastro, muy bien trabajadas al estilo del Renacimiento. Al marqués le acompaña su pajecillo llevando el casco; á la marquesa, su dueña, arrugada vejezuela, halduda y de repulgadas tocas, que sostiene el sombrero de la dama mientras ésta reza devotamente. Y más abajo, en la nave de la iglesia, existe el sarcófago de otra dama, cuya estatua yacente permanece allí, pero cuyos huesos fueron arrojados á un campo por los profanadores de la exclaustación. Años después de la profanación, un labriego que araba la heredad encontró, al lado de una calavera, una sortija de oro. La sortija la formaba un cerco de rosas, y por dentro tenía grabado en caracteres góticos este lema: *Nadie vos ama como vos ama el vuestro amador*. El labriego llevó la alhaja á Segovia y le pagó por ella un platero tres duros. Compróla después un conocido aficionado español, y dió por ella cincuenta; verdad que á poco la revendía en París por seis mil francos. Y la prenda de amor con que la noble dama había querido enterrarse, en vez de acompañarla hasta la eternidad, brillará hoy en el dedo de alguna caprichosa inglesa millonaria, ó descansará en los escaparates de algún museo.

¿Qué habrá duradero en el mundo?... Los huesos de la noble castellana han sido aventados más pronto que las vértebras de carnero con que en Segovia hacen pavimentos de mosaico en los patios y zaguanes...

EMILIA PARDO BAZÁN